

Investigar sobre vulnerabilidad y sufrimiento en un espacio-tiempo singular. Comentario sobre la investigación “COVID-19 y violencia estructural”¹

Research on Vulnerability and Suffering in a Singular Time-Space. Commentary on the “COVID-19 and Structural Violence” Research

María Santacruz Giralt

Departamento de Sociología y Ciencias Políticas,
Universidad Centroamericana José Simeón Cañas
El Salvador

Correo: msantacruz@uca.edu.sv

ORCID: 0000-0001-8943-0776

DOI: <https://doi.org/10.51378/eca.v77i770.7598>

Palabras clave:

vulnerabilidad, investigación sobre enfermedad y sufrimiento, COVID-19 en El Salvador.

Keywords:

vulnerability, research on illness and suffering, COVID-19 in El Salvador.

Recibido: 19 de septiembre de 2022

Aceptado: 13 de diciembre de 2022



1 Este texto se deriva de mi participación en el panel “COVID-19 and Structural Violence in El Salvador” (COVID-19 y violencia estructural en El Salvador), presentado el 5 de mayo de 2022 en el marco del 40 Congreso Anual de la Asociación de Estudios Latinoamericanos (*Latin American Studies Association* [LASA], por sus siglas en inglés). Quiero agradecer la invitación a compartir dicha mesa de trabajo como comentarista de la investigación homónima, coordinada por Marlon Carranza, del Departamento de Sociología y Ciencias Políticas, y llevada a cabo con su equipo de trabajo conformado por Meraris López, Jorge Molina y Federico Alegría, autora y autores de los artículos que acompañan este escrito y a quienes agradezco haberme confiado la tarea de ofrecer unas palabras sobre su trabajo.

Resumen

El texto presenta un comentario de la investigación “COVID-19 y violencia estructural”, que parte del objetivo de explorar y documentar la experiencia de la enfermedad en la zona metropolitana de San Salvador, desde la premisa que la forma de experimentar dicha enfermedad estaría marcada por la posición socioeconómica de quienes la padecieron. Para abordar dicha cuestión, el texto ofrece unos comentarios reflexivos de orden teórico y metodológico, que giran en torno a la importancia de este estudio multidisciplinar para aproximarse al campo de los estudios sobre la enfermedad, el dolor, la vulnerabilidad, el sufrimiento o la muerte misma desde miradas alternativas al modelo biomédico. A nivel metodológico, se destacan los desafíos de la práctica de investigación en un contexto adverso no solo a nivel de salud pública, sino en el plano sociopolítico, así como la innovación en el uso de dispositivos distintos como la imagen y las historias construidas desde estas, tanto para el registro del objeto de estudio y su abordaje narrativo, como para la preservación de la experiencia de ese espacio-tiempo tan particular en el país. Esta investigación invita a pensar en las posibilidades y el potencial de la investigación sobre la salud en un país como El Salvador en términos más amplios, donde los saberes de las ciencias sociales se articulen y traslapen con los de las ciencias de la salud en beneficio mutuo para una comprensión más profunda de los fenómenos.

Abstract

The text presents a commentary on the research “COVID-19 and Structural Violence”, which aims to explore and document the experience of this disease in the San Salvador Metropolitan Area, based on the premise that the way of experiencing said disease would be marked by the socioeconomic position of those who suffered it. To address this issue, the text offers some theoretical and methodological comments, which revolve around the importance of this multidisciplinary study to

approach the field of studies on disease, pain, vulnerability, suffering or death from alternative perspectives to the biomedical model. At the methodological level, the challenges of research practices posed by an adverse context are highlighted, not only at the public health level, but also sociopolitically; as well as the innovation in the use of different devices such as the image and the stories built from these, both for the registration of the object of study and its narrative approach, and for the preservation of the experience of that particular space-time in the country. This research invites us to think about the possibilities and potential of health research in a country like El Salvador in broader terms, where the knowledge of the social sciences articulates and overlaps with that of the health sciences in mutual benefit for a deeper understanding of the phenomena.

... quizás, mientras pasamos por eso [el duelo, la pérdida], algo acerca de lo que somos se nos revela, algo que dibuja los lazos que nos ligan a otro, que nos enseña que estos lazos constituyen lo que somos [...] No es como si un “yo” existiera independientemente por aquí y que simplemente perdiera a un “tú” por allá, especialmente si el vínculo con ese “tú” forma parte de lo que constituye mi “yo”. Si bajo esas condiciones llegara a perderte, lo que me duele no es solo la pérdida, sino volverme inescrutable para mí. ¿Qué “soy” sin ti?... (Butler, 2004, p. 48).

El trabajo de investigar sobre cuestiones como el dolor, el sufrimiento, enfermedades o vulnerabilidades —objetos de estudio tan propios de las latitudes desde las que redacto estas líneas y, a la vez, tan generalizados en tiempos de guerras y crisis globales— suele presentar múltiples desafíos al poner en evidencia el cariz encarnado de toda investigación y plantear la necesidad de pensar sobre nuestros objetos de estudio desde ángulos menos comunes. Dicho de otra forma, cuando hacemos investigación desde un cronotopo tan particular como el salvadoreño, el reto implicado al intentar pensar,

problematizar y estudiar dichos fenómenos está referido, por una parte, al abordaje de la complejidad de las roturas de la vida social en un país volátil y en permanente estado de emergencia (y de excepción) y, por la otra, al manejo (teórico-metodológico) que se haga de las condiciones de vulnerabilidad compartida con nuestros objetos de estudio.

Sin embargo, este estatus de vulnerabilidad que compartimos en tanto especie afectable, abierta y expuesta al daño, la herida, la violencia y la muerte (Butler, 2004, 2017; Cavarero, 2012; Gilson, 2016) no por ser generalizado se constituye en estatuto homogéneo. Ni mucho menos implica que los impactos de las catástrofes —en este caso, de una enfermedad... una pandemia, nada menos— se experimenten de maneras homogéneas, o que los desastres atenten contra las vidas de quienes los han experimentado de forma igualmente eficiente y devastadora. Y es esta circunstancia, que resalta condiciones diferenciales de existencia y vulnerabilidad compartida, la que se concreta en uno de los propósitos de la investigación que comento en estas líneas, titulada “COVID-19 y violencia estructural”, llevada a cabo desde el año 2021 por quienes firman los artículos que acompañan este escrito.

Como lo plantean de forma más detenida dichos artículos, esta investigación intentó abordar, desde los diversos campos disciplinares representados por los miembros del equipo, una cuestión enorme y, en lo concerniente a ciertos aspectos, de difícil aprehensión: la experiencia de la enfermedad —en este caso, de la COVID-19— en los cuerpos, en las economías, en los espacios laborales y en las (representaciones sobre las) vidas de sobrevivientes de una pandemia que, desde 2020, ha dado un vuelco a las certezas, a las pautas relacionales y a la gestión cotidiana de la vida social. Si me remito al objetivo general del proyecto: “investigar cómo influye

la violencia estructural en los mecanismos de sobrevivencia y vulnerabilidad de personas que han padecido COVID-19, según los estratos sociales de pertenencia” (Carranza *et al.*, 2021, p. 2), se nos anuncian ahí una serie de puntos de partida que iré retomando a lo largo de estas reflexiones: primero, que existe una violencia estructural que incidirá en las pautas, las prácticas y los mecanismos para afrontar y sobrevivir a la enfermedad; y, segundo, que la posición socioeconómica² de la persona que ha padecido (y sobrevivido) a la enfermedad marca o determina (o al menos, se relaciona con) dichas formas de gestión y supervivencia.

A continuación, circunscribiré mis reflexiones a unas ideas desprendidas de una misma e imbricada trenza teórico-conceptual-metodológica que, aunque no deberían pensarse de forma desarticulada, las presento en formato sucesivo a fin de dar cierto orden al argumento. Así, el primer apartado se centra en notas con un cariz más teórico, referidas a las posibilidades que ofrecen investigaciones como esta para abordar e historizar, desde las ciencias sociales, estas “crónicas” de lo que sucedió con el vínculo social en un contexto histórico muy particular y, con ello, pensar esas diversas circunstancias y condiciones de vulnerabilidad social que se vieron acentuadas por la crisis sociosanitaria que sirvió de marco tanto a la suspensión de la vida social en aquellos momentos, como de antesala al quiebre de la condición de ciudadanía en el momento actual. Las reflexiones del segundo bloque tendrán un énfasis metodológico al preguntarse por las condiciones de posibilidad y los desafíos de investigar sobre el dolor o el sufrimiento, y pretender hacerlos inteligibles en un contexto tan singular como el salvadoreño, donde la fragilidad de los vínculos, la perpetuidad de los duelos, las violencias ubicuas, las muertes omnipresentes y el descuido o abierto desprecio por la vida

2 De hecho, la ubicación y pertenencia a los distintos estratos socioeconómicos ha sido establecida por el equipo a partir de la articulación de diversas variables procedentes de sus propios datos, a partir de las posibilidades que la ciencia económica ofrece (evidenciadas lógicamente con más claridad en el trabajo de Meraris López) y desde la que la autora y los autores han construido la clasificación.

(de ciertos grupos) son descalabros y quiebres que ya estaban instalados en el paisaje desde antes de la pandemia. Las líneas que cierran estos comentarios intentan anudar estas reflexiones y subrayar el valor que esta investigación nos deja para pensar sobre la complejidad de los fenómenos sociales desde estos contextos volátiles, sobre las posibilidades de poner a disposición las miradas de campos disciplinares diversos para ello y, en particular, sobre el abordaje de la experiencia de la enfermedad en un país límite, sumido — entonces— en una pandemia y, ahora, en la creciente normalización de la suspensión del estado de derecho.

Vulnerabilidades diversas en medio de la suspensión de la vida social: notas teóricas

Un lugar común cuando se investigan los procesos que vinculan la salud con la enfermedad pasa por destacar la importancia de la multidisciplinariedad en los equipos de investigación a fin de contar con miradas que vayan más allá de los planteamientos (y metodologías) derivados del modelo biomédico. De ahí la importancia de las diversas interrogantes disciplinares que han marcado los planteamientos iniciales de este estudio, algunos de los cuales quedaron destacados o abordados en la fase cuantitativa (que, en términos temporales, fue la primera) de la investigación. Sin embargo, diría que varios de esos puntos de partida se han ido constituyendo en líneas de trabajo paralelas, que han permitido al equipo trascender esas lógicas iniciales a fin de hacer inteligible *la experiencia³ de la enfermedad* desde de sus propios campos discipli-

nares, a partir del uso de diversas técnicas y dispositivos de investigación.

Este estudio, denominado “COVID-19 y violencia estructural”, pretende abordar precisamente este último punto: la experiencia de un grupo de personas inmersas en una situación límite y emergente (como suele ser una enfermedad novedosa y potencialmente letal), pero atendiendo también a los contextos que las rodearon y marcaron mientras padecieron esta afección en su versión agravada y en el período posterior a dicho suceso. Estas miradas retrospectivas que las personas ofrecieron a y compartieron con la investigadora y los investigadores les dio acceso a los relatos de la vivencia encarnada y discapacitante de la enfermedad durante ese extraño período posterior a una enfermedad, que usualmente se entiende como de “convalecencia y vuelta a la normalidad”. Pero es una normalidad, de hecho, con muchas comillas, no solo porque las recuperaciones no se dan por decreto o por arte de magia a partir del alta hospitalaria o el fin del tratamiento farmacológico, sino si se tiene en cuenta la situación de encierro generalizado por cuarentena obligatoria como el espacio en el que se habitó la recuperación, tanto en el hospital como en la vivienda. Este período pos-COVID demostró ser elástico e impredecible, tener una duración variable y enfrentar a las personas a continuos (des) ajustes posteriores a la enfermedad, donde a las precariedades y posibilidades desiguales se sumaban las incertidumbres sociopolíticas del contexto. Es acá donde el estudio nos muestra eso que Butler define como “formas diferenciales de distribución de la vulnerabilidad” (2004, p. 14), esto es, el reparto desigual (y,

3 Aunque el término “experiencia” suele tener un uso normalizado (y, por tanto, su significado se asume desde las interpretaciones que le confiere el lenguaje cotidiano o el sentido común), acá retomo la complejidad y la contradicción que Dubet (2010, p. 86) señala como parte constitutiva de dicha noción, al entenderla como “una manera de sentir, de ser invadido por un estado emocional”, que se intercala en simultáneo con “una manera de construir lo real y, sobre todo, de “verificarlo”, de experimentarlo” (*ibid.*). Por tanto, la noción de experiencia, en el sentido que pretendo conferirle a lo largo de este texto, no solo supone la incorporación sensorial/emocional del mundo, sino una (o varias) formas de construirlo, donde entran en juego tanto la subjetividad del/la actor/a como el marco del sistema (o estructura) que este/a habita, cuya interacción simultánea producirá “una combinación de lógicas de la acción [...] que vinculan al actor a cada una de las dimensiones de un sistema. El actor es llevado a articular lógicas de la acción diferentes, y es la dinámica producida por esta actividad la que constituye la subjetividad del actor y su reflexividad” (Dubet, 2010, p. 96).

en este caso, injusto) de los impactos y las posibilidades de acceso a recursos materiales, sociales, simbólicos y tecnológicos por parte de las personas afectadas.

De hecho, uno de los objetivos de este estudio consistió en abordar la experiencia de la enfermedad a partir de la ubicación de las personas en alguno de los estratos que componen las profundas desigualdades salvadoreñas. Y una de las hipótesis centrales fue retomar el concepto de violencia estructural de Johan Galtung, quien después hace una deriva hacia el de violencia cultural (2003, 1990) y la entiende como cualquier dimensión de la cultura como plano simbólico de la existencia “susceptible de ser utilizado para legitimar la violencia directa o estructural” (2003, p. 6). Desde esta premisa, una de las apuestas del equipo será entender y/o comprobar que este entramado de estructura-situación tendrá un impacto directo y diferencial en las formas en que se vive y sobrevive a la enfermedad. Sin embargo, es en este punto en particular —el uso de la noción de violencia estructural como un *a priori*— donde tengo mis disidencias personales. Creo que acá el equipo tiene el reto importante de hacer problemático el vínculo teórico (y empírico) entre la violencia estructural —un concepto complejo y, a mi juicio, un poco genérico, aunque de uso frecuente y quizá hasta estratégico para el entorno salvadoreño— y las diversas y complejas experiencias del padecimiento y la supervivencia de la COVID-19.

Y es un desafío porque la construcción de este vínculo en lo teórico-empírico creo que pasa por no tomar el concepto como un hecho consumado, sino como otra dimensión más de la investigación a ser —de hecho— observada y puesta en cuestión. Esto es, hacer los énfasis y matices necesarios para que no se le entienda como mero punto de partida (como variable independiente) que se asume que producirá efectos diferenciales en el padecimiento de la enfermedad, sino por circunscribir el concepto, por precisar sus contornos y por tejer de forma más matizada cómo ese constructo cobra dimensiones superpuestas

en un contexto como el salvadoreño, donde las violencias históricas de diverso linaje y expresión se han constituido en normas y formas de sobrevivir, en un caos normalizado y en constante expansión, con expresiones brutalmente evidentes y, a la vez, difusas pero siempre omnipresentes. Pienso, por ejemplo, en qué expresiones pudiera tomar esa violencia cultural o estructural: si está referida a esas formas que son más “manifiestas” y se expresan en los brutales modos de gestión de poblaciones por parte del Gobierno y/o las instituciones estatales (tanto los actuales como los anteriores). O si estas expresiones de violencia estructural estarían también referidas a las que son latentes y, por tanto, invisibles, pero que están insertas en las normas, en las prácticas, en los mundos y las formas de vida de agentes en los que la(s) tragedia(s) ha(n) cobrado cuerpo y materialidad concreta; y de qué maneras todo esto, actuando en forma simultánea, pudiera haber producido impactos diferenciales en las experiencias del proceso de la enfermedad. O pienso, por ejemplo, en esas “economías de la muerte” de las que nos habla Mbembe (2011) en un país como este, donde se entretrejen formas de gobierno de poblaciones que han marcado y definido históricamente la compleja trayectoria ascendente de violencias diversas que, desde poderes reticulares y difusos (y no siempre exclusivamente estatales o institucionales), han marcado también los paisajes de esos mundos sociales articulados y erigidos en torno de ellas (Gatti, 2017), donde las poblaciones ejercen, a su vez y en simultáneo, diversas formas de resistencia, supervivencia o intercambio, en espacios donde las fronteras entre lo legal, lo ilegal y lo paralegal, por ejemplo, se diluyen.

No digo que su uso no sea legítimo o que sea improcedente. Más bien, sugiero retomar con cautela constructos tan amplios y polisémicos como violencia, estructura y cultura, teniendo en cuenta, por una parte, lo que Thomas Platt (en Blair, 2009) nos alerta sobre conceptos de uso extensivo como el de violencia: “a medida que el término se hace más extenso, su intensidad disminuye. O, en

otras palabras, que a medida que aumenta la gama de significados de un término, su fuerza descriptiva se contrae” (p. 19). Y por la otra, que la desmesura de las violencias que son parte de la vida cotidiana en este país se traslapan y se potencian, lo que siempre añade dificultad al análisis y vuelve su conceptualización una “institución laboriosa” (Orellana y Santacruz, 2022, p. 195). Y esta observación no la planteo porque los conceptos sean más o menos (im)procedentes, o por un afán pedante de discusión académica, sino porque estos, los conceptos y las palabras, se instalan y se normalizan en el lenguaje y en nuestras formas de representar el mundo, precisamente porque sirven para aludir a padecimientos tan viejos. Sin embargo, cuando de lo que se trata es del estudio y la problematización de los fenómenos, que es parte central de los procesos de producción de conocimiento, muchas veces nos movemos en el acto equilibrista de proveer nociones y explicaciones parsimoniosas sin sacrificar su necesario análisis empírico-conceptual. Y, en el caso de la violencia, esta siempre es una tarea muy compleja.

Esta articulación de planos para el análisis de la violencia estructural y las formas de sobrevivir la COVID-19 dentro de lo que, de momento, conozco del trabajo del equipo, se hace más evidente cuando se vincula la situación socioeconómica de las y los actores sociales y los recursos que estas posiciones ofrecen o cercenan a quienes padecieron una enfermedad, como en el caso del trabajo de Meraris López. O cuando se discute sobre las posibilidades de acceso a una precaria red hospitalaria pública que, como plantea Jorge Molina, durante los peores tiempos de la pandemia era la que aceptaba a las personas enfermas y, con ello, podría entenderse que “homologaba” a quienes, detrás de sus muros, se constituían en sus pacientes. Sin embargo, hasta detrás de las paredes de estas “instituciones totales” (Goffman, 1970) se evidenciaban las diferencias en el caso de quienes tenían los medios y recursos tecnológicos para informar de su situación a

sus familiares en tiempo real o entre quienes podían quedarse en sus propios hogares y contar con los medios para convertirlos en pequeños hospitales de campaña, en contraste con quienes no contaban con los recursos mínimos (ni tecnológicos ni relacionales) para enfrentar la exclusión, el ostracismo y la soledad producidas por la enfermedad. O cuando, como muestra Marlon Carranza, las decisiones políticas tomadas para la gestión de la pandemia se constituyeron en decisiones bio/necropolíticas para la gestión de las formas de ejercicio del poder por parte del Estado para decidir sobre la vida y la muerte de sus ciudadanos. Es evidente, entonces, la complejidad de la articulación de los hallazgos con la noción de violencia estructural, misma que en algunos casos —quizá como el de Federico Alegría, que comentaré más adelante— pudiera competir con la riqueza de los análisis que ya se han emprendido en los textos.

Y es que, desde mi perspectiva, la riqueza de esta investigación radica, entre otros, en que nos cuenta diversas historias desde diversas miradas. Historias que ponen rostro y cuerpo a la precariedad, que me referían constantemente a la vulnerabilidad como condición ontológica compartida, en tanto especie expuesta a realidades sufrientes. Y a cómo esta condición se puede estudiar no solo desde las perspectivas heredadas (en las ciencias sociales o las humanidades), que pudieran entender a estos colectivos como meros receptores de daños o depositarios de desgracias diversas. Sin omitir estas perspectivas sensibles al daño, cabe también el análisis desde miradas que, como las del equipo, entiendan que las vulnerabilidades pueden constituirse también en condición de posibilidad de otras formas de agencia: de experiencias de solidaridad o de comunidades de supervivencia, en un eterno balance entre las limitantes establecidas por las enormes brechas de desigualdad desde las que estas vulnerabilidades se experimentan, y las posibilidades que las/os agentes construyen como parte de sus estrategias de resistencia y supervivencia en entornos hostiles.

Estos contextos de precariedades múltiples se habitan, de hecho, desde condiciones y posiciones más cercanas a las que caracterizan al “ciudadano-víctima” (Gatti, 2017); *i. e.*, una paradoja conceptual que sirve para nombrar las formas en que la ciudadanía se experimenta en tiempos contemporáneos y en espacios (como el salvadoreño) donde el caos y la catástrofe se convierten en las coordenadas habituales de subsistencia y donde la clásica condición de individuo-ciudadano es puesta en cuestión, cuando no en abierto descarte. Retomo esta figura porque la paradoja que entraña su enunciación me parece que puede encajar bien para pensar una condición que, en tiempos contemporáneos y pandémicos, cobra forma en cuerpos y agentes comunes, se (re)produce de forma generalizada, y se constituye incluso en condición de posibilidad para el ejercicio de ciudadanía a partir de la posibilidad de reconocimiento de algunos derechos (como en el caso de familiares del personal de salud que, habiendo sido afectados por las muertes de sus seres queridos como producto de la pandemia, se organizan socialmente para reivindicar sus demandas de reparación frente al Estado).

En suma, intentar aproximarse a la experiencia del sufrimiento y el dolor desde posiciones analíticas atentas a las dimensiones diversas que van cobrando los fenómenos sociales se constituye en una necesidad y un desafío, sobre todo para contribuir a la legibilidad de mundos como los contemporáneos y como el salvadoreño: en eterno sobresalto y contingencia, y con instituciones funcionando en sus restos y sus ruinas (Lewkowicz, 2004).

Por otra parte, la vulnerabilidad, como condición socioantropológica, nos remite a nuestra propia condición de seres profundamente sociales, entreverados en ese enorme “tejido de miles de hilos sociológicos” que, a decir del gran Georg Simmel (1908/2014, p. 330), se constituye en el sostén reticular de lo social en la medida que es el producto de “las acciones y efectos recíprocos [...] que *entrelazan* no solo a personas sino a grupos, insti-

tuciones, e inclusive referentes simbólicos [...] [pues] con nuestras acciones influimos en los demás y sufrimos las consecuencias, *hacemos y padecemos*; afectamos y somos afectados al mismo tiempo” (Sabido Ramos y Zabludovsky Kuper, 2014, p. 29). Y es esa condición de entrelazamiento, de intercambio, de reciprocidad y (co)dependencia con respecto al entorno de la que ya hablaba este clásico hace más de un siglo, la que puede ayudarnos a comprender cómo la precariedad, la enfermedad y el sufrimiento pueden ser padecidos pero “sobrellevables” o, por el contrario, ni siquiera puedan ser sobrevivibles.

Esta cuestión queda resaltada en los resultados de esta investigación a través del abordaje de las dimensiones vinculadas a los cuidados, a las ayudas, a la presencia de familiares y redes de amigos (aunque se tratara de presencias distantes y mediadas por la tecnología, cuando las había), a través del contacto con otras y otros que les esperaban, que les hablaban, les necesitaban y extrañaban, y se lo expresaban. La investigación nos habla de todo esto y nos muestra los registros de ese tiempo, nos cuenta lo que les contaron las personas sobrevivientes de COVID-19 y qué/quiénes les ayudaron y qué (cosas, agentes, instituciones, ausencias) entorpecieron el proceso, y cómo mucho de toda esa red de entidades humanas y no humanas (familiares, amigos, mascotas o mensajes a través de la pantalla de un dispositivo tecnológico, red hospitalaria colapsada, personal sanitario dispuesto, máquinas que funcionaron) pudo ayudar y ayudó a “volver a la vida”, a insuflar ánimos y a experimentar la solidaridad a quienes contaron con esos soportes. Pero también nos cuenta cómo la ausencia de todo lo anterior, de las máquinas, de las tecnologías, de los operadores de la misma, de la red de afectos pudo terminar de hundir y (quizá, no lo sabremos) arrojar al vacío a quienes no contaron con ello.

Es en este punto en el que percibo las posibilidades que ofrece la noción de vulnerabilidad, en tanto nos habla de la necesidad de entendernos como especie afectable, muy

alejada de esas representaciones tan fantásticas como naturalizadas con las que nos manejamos con más frecuencia (y a partir de las que nos entendemos como especie en las ciencias sociales): cuando se atiende analíticamente a la “dimensión micro”, la comprensión suele pasar por asumirnos como individuos autónomos, independientes, como “ciudadanos” (en el sentido clásico del término) que, como buenos *Homo economicus*, vamos por la vida con la convicción de estar regidos por lógicas impersonales y sujetos a racionalidades instrumentales, acostumbrados a percibirnos como seres individuales (individualistas), como consumidores dóciles (aunque no lo aceptemos) y, sobre todo, como ese epítome de la autonomía (en su acepción más limitada) que se da por hecho (en la vida y al hacer investigación): como individuos saludables, sanos y, en consecuencia, independientes.

¡Y cómo nos hemos dado con la piedra en los dientes con el advenimiento de la pandemia!, con la posibilidad del contagio de una enfermedad sin cura y potencialmente letal, con el aislamiento resultante, con la soledad forzada, con la ausencia de tacto, con la distancia física de nuestras redes (las analógicas, que no las digitales), con el quiebre de lo que constituye mucho del vínculo social. Experimentarnos (que no siempre entendernos) como especie afectable puso en entredicho nuestras convicciones y certezas de autonomía completa, aunque ahora se nos empiece a olvidar. Incluso, puso en entredicho de entrada nuestra condición de “individuos-ciudadanos”, pues el manejo político de la pandemia afectó nuestros derechos, como lo demostraron las restricciones durante la cuarentena: la incapacidad de movimiento, la impotencia frente a las capturas o el traslado de personas a “centros de contención”, la imposibilidad de volver al país por el cierre de las fronteras durante esos meses. Y, más de dos años después, como lo muestra la cotidianidad cuando se es residente-vulnerable dentro de un estado de excepción vigente y devenido permanente, aunque ahora bajo el justificante de la segu-

ridad pública. Vulnerabilidad a la pérdida y potencial de afectación directa en evidencia, antes y ahora.

No es mi intención hacer publicidad ni subirnos al carro de una discusión en boga, como tampoco la de acometer el imposible abordaje de un concepto tan poliédrico como el de la vulnerabilidad, pues el espacio para estas notas es corto y me alejaría del argumento. Sin embargo, esta pandemia que persiste en nuestras vidas ha sido un escenario propicio (por lo extremo) para asumir dicha vulnerabilidad como condición que te pone en interlocución y en relación con otras personas, a la vez que hace patente la necesaria interdependencia con las redes que vamos más o menos tejiendo y preservando (o no) en la vida. Sin embargo, y acá es una cuestión que articulo con los resultados del estudio, hablar de (y pensar la) vulnerabilidad no supone, por otra parte, entenderla como una cuestión separada de la agencia, de la posibilidad de actuar: llámesele a esto cuidar, padecer, sobrevivir, incluso. Precisamente porque abordar y estudiar la vulnerabilidad en contextos que la hacen expresa en forma suprema (como el salvadoreño), y frente a los cuales el presupuesto (y el prejuicio) es que asumirse vulnerable es anular las posibilidades de agencia, retomo las palabras de Adriana Cavarero (2009) cuando distingue entre vulnerable e inerme: entre el potencial de afectación compartido y, en contraste, la parálisis asociada al horror o a la indefensión absoluta:

vulnerable e inerme no son términos sinónimos. Vulnerable es el ser humano en cuanto cuerpo singular abierto a la herida (...) siempre inminente y ligada a la contingencia (...) inerme es quien no tiene armas y, por lo tanto, no puede ofender, matar, herir (...) que sufre una violencia a la que no puede escapar ni responder (2009, pp. 58-59).

Sin embargo, como puede deducirse de lo anterior, el término vulnerabilidad suele entenderse sin estos matices, desde una connotación reducida y negativa, como equi-

valente a incapacidad, pasividad, debilidad o fragilidad. Características que, a su vez, en sociedades patriarcales y neoliberales como esta, suelen construirse y adjudicarse ya sea como dimensiones de “lo femenino” y/o identificarse con el fracaso o la debilidad y, por ello, como cuestión a ser evitada (Gilson, 2016). Mientras, a la invulnerabilidad se le entiende como condición deseable y una característica compatible con los “marcadores de estatus” (p. 76) de los que hablábamos antes: autonomía, independencia, fuerza, agencia y autosuficiencia. En abierto contraste con estos dualismos es que se encamina la concepción problematizada y matizada de vulnerabilidad que comparto con esta autora, quien plantea que esta no ha de retomarse como condición que se reduce a mera susceptibilidad o predisposición al daño, ni mucho menos a pasividad frente al mismo, o como construcciones que evidencian características propias de algún género o colectivo particular, sino como condición generalizada, compleja, ambigua y abierta a la contingencia:

la vulnerabilidad es un concepto desafiante [...] pero uno con valor especial por cómo captura y expresa las complejidades, tensiones y ambigüedades de las experiencias de género [...] la ambigüedad no [se refiere a] vaguedades sino más bien la indistinción y la mezcla de cualidades que un marco convencionalmente dualista opondría. La ambigüedad de la vulnerabilidad radica en la coexistencia y el entrelazamiento de la pasividad y la actividad, la fuerza y la debilidad, la afirmación y la receptividad, la agencia y la ausencia de control⁴ (Gilson, 2016, pp. 73, 88).

De ahí la importancia de pensar el estudio de las posibilidades y las estrategias de las que estas personas echaban mano para gestionar sus propias vulnerabilidades en una situación límite. Sobre todo, de cara al aislamiento e, incluso, a la discriminación como producto de los prejuicios y los miedos asociados al

contagio, así como a la precariedad misma de sus entornos vitales. Decía, la importancia de pensar en estrategias como la articulación de la medicina occidental tradicional con las prácticas derivadas de las creencias intergeneracionales en remedios alternativos, alejados de los parámetros que la ciencia tiene para comprobar su efectividad. O en las prácticas performativas que, como el uso de la autofotografía (*selfie*) sobre las que nos cuenta Federico Alegría en su texto, se encaminan a documentar el propio proceso o a comunicarlo. O en la necesidad de “donar plasma” una vez se sentían en la capacidad de hacerlo, como forma de agradecimiento o de “compartir salud”; o el envío de imágenes como formas de agradecimiento, de reciprocidad, de preservar la memoria de ese suceso... En este sentido, estudiar estas otras formas de agencia y de visibilidad en medio de la catástrofe, ejecutadas por sujetos con cuerpos enfermos o en proceso de recuperación, y con existencias más o menos precarias pero afectadas por una misma enfermedad es un buen punto de partida para pensar estos mundos quebrados pero habitados y sobrevividos, y hacerlo desde otros planos y ópticas.

Así, cuando ponemos en entredicho esas certezas que suelen regir nuestras concepciones, tanto las de la vida cotidiana como las que tenemos sobre nuestros objetos de estudio, ese gesto paradójicamente nos acerca más a esos sujetos/objetos propios de realidades sociales, culturales y políticas quebradas, en un mundo en franco deterioro del que El Salvador es una muestra tan lamentable como prolífica. Asumir la vulnerabilidad como elemento constitutivo de nuestros objetos de estudio obliga a atender a esa dimensión encarnada de la investigación, atenta a las emociones, a las alteraciones de los sentidos, a lo imprevisto, a las relaciones con el cuerpo, a la fragilidad de aquello que, como la vida, ya no se puede tomar como un hecho... y, como con esto me aproximo a la dimensión metodológica, son dimensiones que aliento al equipo a continuar explorando

.....
4 Traducción mía.

como parte de la novedad y la importancia que, desde ya, tiene su trabajo.

En suma, considero que el equipo se encamina por una trayectoria interesante al problematizar, teóricamente, las prácticas, las emociones, los recuerdos y los recuentos de las y los agentes sociales del durante y del después de su experiencia con la enfermedad, con el sistema de salud y con su entorno, y cómo todas estas se intersectan con la ausencia y la presencia de dispositivos y recursos (tecnológicos, institucionales y sociales) con los que se pudiera haber contado (o no) para enfrentar dichas situaciones. Y hacerlo con la claridad sobre esa tendencia que las personas entrevistadas (y todos/as, al final) tenemos de buscar “hacer sentido coherente” del propio camino una vez este ha sido atravesado. Y hablar del camino —del *metáodos* de los griegos— me conduce al segundo punto, referido a lo metodológico.

Investigar sobre el dolor y el sufrimiento en un espacio singular: El Salvador en medio de una pandemia. Notas metodológicas

¿Cómo investigar la enfermedad como proceso y no como estado? ¿Cómo aproximarse a las distintas realidades de quienes se vieron severamente afectados por una patología potencialmente mortal, en un contexto de vulneración de derechos sociales y políticos básicos, y que ahora hacen una valoración retrospectiva de dicha experiencia? ¿Cómo pensar estos fenómenos en contextos donde diversas expresiones de violencia y precariedad confluyen y se constituyen en ejes alrededor de los cuales giran la vida, la muerte, la enfermedad? y ¿cómo se vincula todo ese entramado de posiciones, de recursos y de discursos tecnocientíficos (una jerga de la que se apropian tanto quienes son abordados como quienes investigamos)? ¿Cómo investigar lo que está suspendido, lo que no debiera prolongarse y, sin embargo, lo hace? ¿Qué dificultades tenemos para acceder a esos espacios poco ortodoxos a los que entramos cuando investigamos sobre

el dolor o el sufrimiento, sobre vidas que se salieron de esos “marcos de inteligibilidad” de lo humano (Butler, 2017), esto es, que escapan de los marcos normativos de objetos de estudio estandarizados: gente enferma, con el cuerpo quebrado, gente pobre y enferma y con el cuerpo quebrado?

Estas preguntas por el *cómo abordar* estos fenómenos no son banales o producto de una mera disquisición académica. Aunque pudiera ser parte de ello, y a riesgo de repetir una frase que me parece ya un tanto odiosa por frecuente, la pregunta por *¿cómo se investiga* en tiempos en los que la COVID-19 se encuentra con una posible guerra nuclear? O *¿cómo investigar* en tiempos de COVID-19 cuando, aunado al impacto socioeconómico global que acarrea una guerra entre potencias, el escenario local es el de un país donde la catástrofe es parte normal(izada) de la vida cotidiana? *¿Cómo pensar* en o sobre un país que marca las fronteras que dividen y expulsan a sus bordes a grupos enteros de población que, como en este caso, sobrevivieron la experiencia de la enfermedad desde posiciones y posibilidades culturales, sociales, económicas y políticas diversas?

Las anteriores son preguntas pertinentes y sobre las que creo que este estudio nos ofrece algunas pistas. El esfuerzo de aproximarse a distintos sectores de población, conceptualizados en estratos, permite aproximarse a las diversas estrategias de gestión de una cotidianidad asfixiante, no solo por las medidas sanitarias, sino precisamente por el carácter bio/necropolítico de dichas medidas, muchas de las cuales condujeron a la profundización de la situación de precariedades superpuestas. Para ello, las elecciones metodológicas parecen haber sido acertadas puesto que, si bien la articulación de métodos y técnicas siempre ofrece riqueza adicional, para el abordaje de ciertas cuestiones como las emociones (el temor, el miedo, la incertidumbre, el hambre, el dolor, el sufrimiento), los dispositivos de producción y registro de información más usuales en las ciencias sociales (que hacen énfasis en los discursos,

en las narraciones) a veces suelen quedarse cortos. Y es que el material que producimos con estos dispositivos suele ser rico, pero, en algunos casos, es relativamente insuficiente para representar el dolor o el sufrimiento. En este sentido es que vale la pena pensar los discursos producidos por las personas no solo desde la linealidad de su enunciación, sino también desde las circunstancias en las que se produjeron: al momento de la entrevista, cuando se evocaba “lo que ya había pasado”, en la necesaria articulación con toda una serie de redes y dispositivos comunitarios, familiares e institucionales que sentaron las condiciones de posibilidad de la recuperación y la supervivencia.

De ahí lo interesante del recurso a la técnica de la fotografía como dispositivo visual y de registro que, como nos presenta Federico Alegría en su texto, ofrece posibilidades interesantes de acceso tanto a lo que las actoras y los actores piensan o sienten sobre esa imagen que representa su experiencia de la enfermedad, como a la problematización que se pueda hacer de la técnica misma como práctica y técnica de investigación, con sus enormes potenciales y sus insoslayables consideraciones éticas. En ese sentido, me parece un filón o una mina de oro que valdría la pena seguir pensando y sobre la cual seguir escribiendo desde el potencial que tiene la articulación disciplinar, sobre todo para poner en evidencia (cuestión que quizá eché también un poco en falta en lo que pude revisar del trabajo del equipo) la posición de los y la investigadores/a en relación con el sujeto-objeto que tenían enfrente: personas enfrentadas a la enfermedad, el sufrimiento, la incertidumbre y la posibilidad de la muerte.

Esto es: pareciera cuestión dada por supuesta en las investigaciones de carácter cualitativo, donde la relación entre sujetos que investigan y quienes son investigados se ve marcada por la cercanía, el desdibujamiento de fronteras, la implicación. Valdría la pena entonces preguntarse por lo metodológico también desde la problematización de la práctica y desde la artesanía implícita en

todo trabajo de investigación de la que nos habla siempre Wright Mills (2009). Sobre todo cuando se entra en contacto con objetos de estudio que nos interpelan y nos permiten trabajar con material tan valioso como este, con las experiencias de seres comunes, inmersos en precariedades diversas, de los que nos hablan varios de los autores ya citados pero, sobre todo, con personas como las que vemos y con quienes hablamos e interactuamos a diario en este país donde, a decir de Moreno Durán (en Blair, 2005, p. 1), “sin la muerte, no daría señales de vida”. Y que, aunque sean figuras comunes cuando se estudia sobre la realidad salvadoreña (los pobres, los marginados, las víctimas, los desaparecidos, por mencionar solo algunas), se constituyen en objetos de estudio cuya complejidad es necesario pensarla en su dimensión cultural y desde la riqueza que ofrecen las miradas diversas de las ciencias sociales.

Un cierre siempre provisional

... estamos siempre recomenzando”
(Lewkowicz, 2004: 15)

No es cuestión menor el abordaje de estos fenómenos en un contexto de caos, de incertidumbre, de falta de certezas. Y es que este país es un espacio paradójico: una especie de laboratorio gigante que, al tiempo que pone a disposición diversos fenómenos para su estudio, son todos difíciles de pensar e, incluso, de acceder empíricamente. Acá traigo a cuento una frase de Ramón Ramos (1996), quien sobre la dificultad de aproximarse a la complejidad social nos recomienda administrarla:

[la complejidad] es una propiedad que destaca, sobre todo, la incertidumbre de un mundo para un observador que, encontrando en él desorden, no lo concibe como caos aleatorio [sino que] e intenta reducirlo produciendo nueva complejidad [...] *reducir la complejidad supone crear complejidad y administrarla* (pp. 166-168, énfasis míos).

En palabras más llanas, esto implica que como investigadoras/es estamos siempre

llamados a administrar esa pequeña o gran parcela de la complejidad que hemos construido como objeto a investigar, que hemos logrado escuchar, ordenar, fotografiar, registrar, transcribir, interpretar... y, con todo ello, también preservar para poder crear algún conocimiento, aun si fuese pequeño y modesto, sobre la misma. Un conocimiento que debe, a su vez, ser divulgado, compartido y repartido, aunque sea en distintos registros. Pero antes, mientras lo producimos, cabe estar atentos a las paradojas, a las contradicciones, a aquellas piezas que aparentemente no encajan entre lo que los datos dicen y lo que los relatos plantean, en la insistencia de recordar que los datos no dicen, sino “los hacemos decir” quienes los interpretamos. Es que no siempre encajarán; hay tensiones que son irresolubles, y lo que queda es hacerlas visibles, ponerlas en cuestión, historizarlas. Y en esto consiste (en parte) hacer y pensar la investigación en estos temas y, para el caso que nos ha tocado en estas líneas, en esto consistirá el trabajo de tratar de desentrañar las formas diferentes que puede tomar la agencia (las estrategias para la gestión de la enfermedad, para el caso) en condiciones no solo de vulnerabilidad extremas, sino atentatorias contra la vida.

Seguramente lo que escribo por acá no sea realmente nuevo. Sin embargo, cabe siempre el recordatorio de que, para el estudio y el abordaje de los fenómenos como ensamblaje de piezas a veces distintas, propongo mantenernos atentos a los relatos que revelan, más allá de los números o las narraciones planas, los (des)encuentros, los choques, las asincronías; en suma, a la complejidad de un espacio como el salvadoreño, al que se le añadió la circunstancia extrema de una pandemia a una situación sociopolítica ya desde entonces crítica, y devenida ahora en un estado de excepción permanente. Este espacio-tiempo fue y es el escenario en el que, dos años después, tienen lugar las vidas de seres enredados que (en las varias acepciones que tiene el adjetivo, entre el desorden, la confusión, las dificultades, pero también los entrelazamientos de los que hablaba antes), lamentablemente

en algunos casos, devinieron visibles precisamente a través de sus padecimientos y de haberse constituido en parte de las estadísticas sobre las catástrofes: la sociosanitaria y la política.

La investigación que acá he presentado, aunque sea en forma necesariamente fragmentada, sirve también para llamar la atención sobre estos relatos de un tiempo complejo, a fin de rescatar dichas historias para registrar y, con ello, historizar y recuperar esas experiencias de gestión y contacto cercano con la muerte, que nos cuentan también sobre las posibilidades y las estrategias para sobrevivir, aun en medio de la precariedad, el dolor y la enfermedad, en un país caracterizado por la producción histórica y masificada de catástrofes cotidianas.

Referencias bibliográficas

Blair, E. (2005). *Muertes violentas. La teatralización del exceso*. Editorial Universidad de Antioquia.

Blair, E. (2009). Aproximación teórica al concepto de violencia: avatares de una definición. *Política y cultura*, 32, 9-33. <https://www.scielo.org.mx/pdf/polcul/n32/n32a2.pdf>

Butler, J. (2004). *Vida precaria. El poder del duelo y la violencia*. Paidós.

Butler, J. (2017). *Cuerpos aliados y lucha política. Hacia una teoría performativa de la asamblea*. Paidós.

Carranza, M., Molina, J., López, M. y Alegría, F. (2021). *Proyecto COVID-19 y violencia estructural* [Ponencia no publicada]. Congreso Centroamericano de Antropología, San Salvador, El Salvador.

Cavarero, A. (2009). *Horrorismo. Nombrando la violencia contemporánea*. Anthropos.

Dubet, F. (2010). *Sociología de la experiencia*. Centro de Investigaciones Sociológicas.

Galtung, J. (1990). Cultural violence. *Journal of Peace Research*, 27(3), 291-305. <https://www.galtung-institut.de/wp-content/uploads/2015/12/Cultural-Violence-Galtung.pdf>

Galtung, J. (2003). *Violencia cultural*. Gernika Gogoratz.

Gatti, G. (Ed.). (2017). *Un mundo de víctimas*. Anthropos.

Gilson, E. (2016). Vulnerability and Victimization: Rethinking Key Concepts in Feminist Discourses on Sexual Violence. *Signs: Journal of Women in Culture and Society*, 42(1), 71-98. <https://www.journals.uchicago.edu/doi/full/10.1086/686753>

Goffman, E. (1970). *Internados. Ensayos sobre la situación social de los enfermos mentales*. Amorrortu.

Lewkowicz, I. (2004). *Pensar sin Estado. La subjetividad en la era de la fluidez*. Paidós.

Mbembe, A. (2011). *Necropolítica*. Melusina.

Orellana, C. I. y Santacruz Giralt, M. (2022). La laboriosa institución de lenguajes

para nombrar las violencias salvadoreñas. En C. I. Orellana y S. Herrera (Eds.). *Una hidra de mil palabras. Análisis semántico del concepto de violencia en la revista ECA. El Salvador, 1946-2000* (pp. 195-209). UCA Editores.

Ramos, R. (1996). Jano y el ornitorrinco: aspectos de la complejidad social. En A. Pérez-Agote e I. Sánchez de la Yncera (Coords.), *Complejidad y teoría social* (pp. 163-201). Centro de Investigaciones Sociológicas.

Sabido Ramos, O. y Zabudovsky Kuper, G. (2014). Estudio introductorio. En G. Simmel, *Sociología. Estudios sobre las formas de socialización*. Fondo de Cultura Económica.

Simmel, G. (2014/1908). *Sociología. Estudios sobre las formas de socialización*. Fondo de Cultura Económica.

Wright Mills, C. (2009). Sobre la artesanía intelectual. En C. Wright Mills, *La imaginación sociológica*. (pp. 206-236). Fondo de Cultura Económica.